

Cuatro cuenta su historia

No me habría presentado voluntario para entrenar a los iniciados de no ser por el olor de la sala de entrenamiento: el aroma a polvo, sudor y metal afilado. Era el único lugar en el que me había sentido fuerte, y cada vez que respiro este aire vuelvo a sentirme así.

En un extremo de la habitación hay una plancha de madera con una diana pintada. Contra la pared hay una mesa cubierta de cuchillos para aprender a lanzarlos; son feos instrumentos de metal con un agujero en una punta, perfectos para los iniciados inexpertos. Alineados frente a mí están los trasladados de otras facciones que todavía llevan, de un modo u otro, la marca de su procedencia: el veraz de espalda recta; el erudito de mirada penetrante; y la estirada, que se apoya sobre las puntas de los pies, lista para moverse.

—Mañana será el último día de la primera etapa —dice Eric.

No me mira; ayer lo herí en su orgullo, y no solo durante la captura de la bandera: Max me llamó en el desayuno para preguntar cómo iban los iniciados, como si Eric no estuviese al cargo. Eric se pasó todo el rato en la mesa de al lado, mirando su magdalena integral con el ceño fruncido.

—Entonces volveréis a luchar —sigue diciendo Eric—. Hoy aprenderéis a apuntar. Que todo el mundo elija tres cuchillos. Y prestad atención a la demostración que os hará Cuatro de la técnica correcta para lanzarlos. —En ese momento mira a algún punto al norte de mi persona, como si estuviera por encima de mí. Me enderezo. Odio que me trate como a su lacayo, como si no le hubiese partido un diente durante nuestra iniciación—. ¡Ya!

Salen corriendo a por los cuchillos como si fueran críos sin facción que buscan un trozo de pan, desesperados. Todos salvo ella, con sus movimientos pausados, que mete la cabeza entre los hombros de los iniciados más altos. No intenta parecer cómoda con los cuchillos entre las manos, y eso es lo que me gusta de ella, que, aun sabiendo que estas armas son antinaturales, encuentra la manera de empuñarlas.

Eric se acerca a mí, y yo retrocedo por instinto. Intento que no me asuste, pero soy consciente de lo listo que es y de que, si me descuido, se dará cuenta de que he estado mirándola, y eso supondría mi fin. Me vuelvo hacia la diana con un cuchillo en la mano derecha.

Solicité que este año eliminaran el lanzamiento de cuchillos del programa de formación, ya que no tiene más objeto que fomentar las bravuconadas de los osados. Aquí nadie los usará salvo para impresionar a otra persona, igual que yo los impresionaré ahora. Eric diría que deslumbrar a los demás puede resultar útil, que es por lo que rechazó mi propuesta, pero eso es justo lo que odio de Osadía.

Sostengo el cuchillo por la hoja para equilibrarlo bien. Mi instructor durante la iniciación, Amar, se dio cuenta de que yo tenía una mente muy activa, así que me enseñó a acompasar mis movimientos con la respiración. Inspiro y me fijo en el centro de la diana. Espiro y lanzo. El cuchillo da en el blanco. Oigo a algunos iniciados contener el aliento, todos a la vez.

Encuentro el ritmo: inspiro y me paso el cuchillo a la mano derecha; espiro y le doy la vuelta con las puntas de los dedos; inspiro y observo el blanco; espiro y lanzo. Todo se oscurece alrededor del centro de esa tabla. Las otras facciones nos llaman brutos, como si no usáramos nuestras mentes, pero en eso consiste precisamente lo que hago aquí.

—¡En fila! —grita Eric, sacándome de mi ensimismamiento.

Dejo los cuchillos en la tabla, para recordar a los iniciados que es posible, y me apoyo en la pared de un lado. Amar también fue el que me dio mi nombre, allá en los días en los que lo primero que hacían los iniciados al llegar al complejo de Osadía era pasar por su paisaje del miedo. Era la clase de

persona que consigue que un apodo se use, una persona tan agradable que todos lo imitaban.

Ahora está muerto, pero, a veces, en este cuarto, todavía lo oigo regañarme por contener el aliento.

Ella no lo contiene. Eso es bueno..., un mal hábito menos que superar. Sin embargo, tiene un brazo torpe, más nulo que un muslo de pollo.

Los cuchillos vuelan, aunque, la mayor parte del tiempo, no lo hacen dando vueltas. Ni siquiera Edward lo ha resuelto, y eso que suele ser el más rápido, con las ansias de aprender de los eruditos.

—¡Creo que la estirada se ha llevado demasiados golpes en la cabeza! —dice Peter—. ¡Oye, estirada! ¿Se te ha olvidado lo que es un cuchillo?

Normalmente no odio a nadie, pero sí que odio a Peter. Odio que intente menospreciar a los demás, igual que hace Eric.

Tris no responde, se limita a recoger un cuchillo y lanzarlo, todavía con el mismo brazo torpe, pero funciona: oigo el ruido de metal contra madera y sonrío.

—Oye, Peter, ¿se te ha olvidado lo que es un blanco? —dice Tris.

Los observo a todos, intentando no toparme con los ojos de Eric, que da vueltas detrás de ellos como un animal enjaulado. Debo admitir que Christina es buena (aunque no me gusta reconocerles el mérito a los listillos veraces), y también Peter (aunque no me gusta reconocerles el mérito a los futuros

psicópatas). Por otro lado, Al no es más que un mazo con patas, todo potencia sin sutileza.

Qué pena que Eric también se dé cuenta.

—¿Cómo se puede ser tan lento, veraz? ¿Es que necesitas gafas? ¿Tengo que acercarte más el blanco? — pregunta en tono forzado.

Resulta que Al el Mazo es sorprendentemente débil por dentro. La broma lo rompe. Cuando tira de nuevo, el cuchillo da contra una pared.

—¿Qué ha sido eso, iniciado? —pregunta Eric.

—Se... se me ha resbalado.

—Bueno, pues deberías ir a por él —dice Eric, y los iniciados dejan de lanzar— ¿Os he dicho que paréis? —añade Eric, arqueando sus agujereadas cejas.

Esto no va bien.

—¿Que vaya a por él? —pregunta Al—. Pero todo el mundo está lanzando...

—¿Y?

—Y no quiero que me den.

—Ten por seguro que tus compañeros iniciados tienen mejor puntería que tú. Ve a por tu cuchillo.

—No.

«El mazo golpea de nuevo», pienso. La respuesta es señal de tozudez, pero no estrategia. En cualquier caso, demuestra más valentía diciéndole no a Eric de la que demuestra Eric obligándolo a que le claven un cuchillo en la cabeza, cosa que Eric nunca entenderá.

—¿Por qué no? ¿Tienes miedo?

—¿De que me apuñalen? ¡Claro que sí! —responde Al.
Se me cae el alma a los pies cuando Eric alza la voz y dice:

—¡Parad todos!

Cuando conocí a Eric llevaba ropa azul y el pelo con la raya en el medio. Temblaba cuando se acercó a Amar para que le inyectara en el cuello el suero del paisaje del miedo. Durante su paisaje, no se movió ni un milímetro; se quedó quieto, gritando con los dientes apretados, y, de algún modo, logró que su pulso bajara hasta llegar a un ritmo aceptable usando su respiración. Yo no sabía que fuera posible controlar el miedo de tu cuerpo antes de conseguirlo en tu cabeza. Entonces supe que tendría que tener cuidado con él.

—Salid del círculo —dice Eric, y mira a Al—. Todos menos tú. Ponte de pie delante del blanco.

Al traga saliva y se arrastra hasta la diana. Me aparto de la pared; sé lo que va a hacer Eric, y seguramente acabará con un ojo perdido o un cuello agujereado; acabara con algún horror, como casi todas las peleas de las que he sido testigo, momentos que me han ido alejando cada vez más de la facción que he elegido como refugio.

Sin mirarme, Eric dice:

—Oye, Cuatro, échame una mano, ¿eh?

Parte de mí siente alivio, al menos sé que, si lanzo yo el cuchillo en vez de Eric, Al tiene menos probabilidades de salir

herido. Sin embargo, tampoco puedo ser tan cruel y, sin duda, no quiero ser el que le haga el trabajo sucio a Eric.

Intento actuar como si nada, me rasco la ceja con la punta de un cuchillo, pero no es así como me siento. Me siento como si alguien intentara meterme en un molde en el que no encajo, obligándome a adoptar la forma equivocada.

—Vas a quedarte ahí mientras él te lanza cuchillos, hasta que aprendas a no acobardarte —dice Eric.

Noto un nudo en el pecho. Quiero salvar a Al, pero, cuanto más desafíe a Eric, más decidido estará a ponerme en mi sitio, así que finjo que todo esto me aburre.

—¿De verdad tengo que hacerlo?

—Aquí soy yo el que tiene la autoridad, ¿recuerdas? —dice Eric—. Aquí y en todas partes.

Noto que me sube la sangre a la cara mientras lo miro, y él me devuelve la mirada. Max me pidió que fuera líder de la facción, y tendría que haber respondido que sí; lo habría hecho de haber sabido que evitaría cosas como esta, cosas como colgar a los iniciados del abismo y obligarlos a matarse a golpes.

Me doy cuenta de que he estado apretando tanto los cuchillos que los mangos se me han grabado en las palmas de las manos. Tengo que hacer lo que quiere Eric. La otra opción es salir de la habitación y, si me voy, Eric lanzará él mismo los cuchillos, cosa que no puedo permitir. Me vuelvo hacia Al.

Entonces, ella dice (sé que es ella porque tiene una voz grave para ser chica, y prudente):

—Para.

No quiero que Eric la tome ahora con ella, así que lanzo una mirada a Tris para que se lo piense dos veces, aunque sé que no lo hará. No soy estúpido.

—Cualquier idiota es capaz de ponerse delante de un blanco —dice ella—. No demuestra nada, salvo que nos estás acosando, y eso, según recuerdo, es una prueba de cobardía.

Brutos osados, matones, niños de nivel inferior, eso es lo que son debajo de los tatuajes, los *piercings* y la ropa oscura.

«Puede que sea estúpido», pienso; tengo que dejar de pensar en ella de ese modo.

—Entonces debería resultarte fácil —responde Eric, echándose el pelo atrás de modo que se le queda alrededor de la oreja—. Si es que estás dispuesta a ocupar su lugar.

Entonces, Eric me mira un segundo. Es como si supiera perfectamente que siento algo por ella, de modo que me obliga a lanzarle cuchillos. Durante un instante..., no, durante algo más de un instante, medito la posibilidad de lanzarle el cuchillo a él. Le podría dar en el brazo o en la pierna, no pasaría nada...

—Despídete de tu cara bonita —dice Peter desde el otro lado de la habitación—. Ah, no, que no la tienes.

Apenas soy consciente del comentario, estoy demasiado ocupado observándola.

Está de pie, de espaldas a la diana; la parte superior de su cabeza roza la parte inferior del centro del blanco. Levanta la barbilla y me mira con esa tozudez abnegada que conozco tan

bien. Puede que los haya abandonado, pero son ellos los que le dan esa fuerza.

No puedo decirle que no pasará nada, no con Eric delante, aunque sí puedo intentar darle fuerzas yo también.

—Si te echas atrás, Al ocupa tu sitio, ¿entendido? —la aviso.

Eric está demasiado cerca, dando golpecitos con el pie en el suelo. Tengo que hacerlo bien, no es buena idea lanzar el cuchillo al borde de la diana, porque él sabe que soy capaz de acertar en el centro. Sin embargo, si me sale un lanzamiento torpe, si fallo un par de centímetros en cualquier dirección, le podría hacer daño. «Despídete de tu cara bonita».

Peter tiene razón, no es bonita, esa palabra se le queda pequeña. No es como las chicas que solían llamarme la atención, curvilíneas y suaves. Ella es pequeña, pero fuerte, y sus relucientes ojos reclaman atención. Mirarla es como despertar.

Lanzo el cuchillo sin apartar mis ojos de los suyos, y se clava en la diana, cerca de su mejilla. Me tiemblan las manos de alivio. Tris cierra los ojos, así que sé que tengo que recordarle de nuevo su altruismo.

—¿Has tenido suficiente, estirada? —le pregunto.

«Estirada. Por eso eres tan fuerte, ¿lo entiendes?»

—No —responde, y parece enfadada.

«¿Por qué narices iba a entenderlo? No sabe leer mentes, por Dios».

—Pues abre los ojos —le digo, dándome golpecitos en la piel entre las cejas.

En realidad no necesito que me mire a los ojos, aunque me siento mejor cuando lo hace. Huelo el aroma a polvo, sudor y metal, y me paso el cuchillo de la izquierda a la derecha. Eric se acerca un poco más.

Mi vista de la sala se centra alrededor de la raya de su pelo, y lanzo al espirar.

—Hmmm —se limita a decir Eric, detrás de mí.

—Vamos, estirada —le digo—, deja que otra persona te sustituya.

—¡Cállate, Cuatro! —responde, y me entran ganas de gritarle que estoy tan frustrado como ella, con un buitre erudito analizando cada uno de mis movimientos, buscando mis puntos débiles para poder golpearlos con todas sus fuerzas.

Oigo de nuevo el murmullo de Eric y no sé bien si es él o mi imaginación, pero sí que tengo que convencerlo de que ella no es más que otro iniciado para mí, y debo hacerlo ahora. Respiro hondo y tomo una decisión rápida; le miro la punta de la oreja, ese cartílago que se cura tan deprisa.

El miedo no existe. Los latidos de mi corazón, la tensión de mi pecho y el sudor de las manos no existen.

Lanzo el cuchillo y aparto la mirada cuando hace una mueca, demasiado aliviado para sentirme mal por haberle hecho daño. Lo he conseguido.

—Me encantaría quedarme a ver si los demás sois tan atrevidos como ella —dice Eric—, pero creo que ya es

suficiente por hoy. Bueno —añade para mí, en voz más baja—, creo que ya hemos conseguido asustarlos, ¿eh?

Creo (o eso espero) que eso significa que ya no sospecha de mí.

Toca el hombro de Tris y la obsequia con una sonrisa envuelta en metal.

—No debería quitarte ojo —le dice.

Veo que le cae la sangre por la oreja y por el cuello, y me mareo.

La habitación se vacía, la puerta se cierra, y espero a que desaparezcan las pisadas antes de dirigirme a ella.

—¿Está bien tu...? —empiezo, mientras intento tocarle la cabeza.

—¡Lo has hecho a posta! —grita, mirándome con rabia.

—Sí. Y deberías darme las gracias por ayudarte... — respondo; quiero explicarle lo de Eric y lo mucho que desea hacerme daño a mí y a todas las personas que me importen algo, y que sé de dónde sale su fuerza y quería recordárselo, pero no me da la oportunidad.

—¿Las gracias? Casi me agujereas la oreja y te has pasado todo el tiempo intentando picarme. ¿Por qué iba a darte las gracias.

«¿Picarla?», pienso, y la miro con el ceño fruncido.

—¡Empiezo a cansarme de esperar a que lo pilles!

—¿Pillar? ¿Pillar el qué? ¿Que querías probar a Eric lo duro que eres? ¿Que eres un sádico, como él?

La acusación me deja frío, ¿cree que soy como Eric?
¿Cree que quería impresionarlo a él?

—No soy un sádico —le aseguro; me acerco más a ella y, de repente, estoy nervioso, como si algo me pinchara en el pecho—. Si quisiera hacerte daño, ¿no crees que lo habría hecho ya?

Está tan cerca que podría tocarla, pero si piensa que soy como Eric, eso no pasará nunca

Claro que piensa que soy como Eric, acabo de lanzarle cuchillos a la cabeza, lo he fastidiado todo. Para siempre.

Tengo que salir. Cruzo la habitación y, en el último segundo antes de dar un portazo, clavo la punta del cuchillo en la mesa.

Oigo su grito de frustración cuando doblo la esquina, me detengo y me dejo caer en el suelo, con la espalda contra la pared. Antes de que ella llegara, todo se había estancado en mi interior y cada mañana no hacía más que avanzar hacia la noche. Había pensando en marcharme..., había decidido marcharme, quedarme sin facción, una vez que terminaran las clases de los iniciados. Sin embargo, apareció ella, y era como yo: había dejado a un lado su ropa gris, pero, en realidad, no la había dejado a un lado, nunca lo ha hecho del todo porque conoce el secreto, sabe que es la mejor armadura que podemos llevar.

Y ahora me odio y ni siquiera puedo abandonar Osadía para unirme a los abandonados, como pretendía, porque Eric le ha echado el ojo encima, igual que a Amar el año pasado, justo

Cuatro cuenta su historia

Veronica Roth

antes de que apareciese muerto en el pavimento, cerca de las vías del tren. Todos los divergentes acaban muertos, salvo yo, gracias al resultado de mi prueba de aptitud, y si Eric la está vigilando, seguramente ella también lo será.

Vuelvo a recordar la noche antes, cuando, al tocarla, noté un calor que me subía por la mano y me recorría el resto del cuerpo, aunque estuviera helado de miedo. Me llevo las manos a la cabeza para reprimir el recuerdo.

No puedo irme ahora. Tris me gusta demasiado. Vale, ya lo he dicho. Pero no lo repetiré.